

¿Nos inspirarán mayor confianza los sentimientos de honor de que tanto se jacta el mundo? No; con todos esos sentimientos, el mundo no es ni más verdadero en sus palabras, ni más fiel en sus compromisos, ni más caritativo en sus discursos, ni más misericordioso para con los pobres. ¡Ah! confesémoslo, el mundo no tiene mas que la máscara del honor: solo la religion puede inspirarlo en realidad.

¿Nos inspirará mayor confianza la probidad mundana? Además de muy rara, es de suyo muy imperfecta; ella no cambia nuestra naturaleza; nos deja nuestras pasiones, nuestros vicios, ménos groseros, quizá, pero que no dejan de ser vicios y pasiones, y, por consiguiente siempre injustos.

Además de que, su imperfeccion es sumamente frágil: tiene necesidad de espectadores; faltando éstos, pierde todo el valor. Que se le ofrezca la ocasion de cometer una injusticia, y si está segura de no tener otro testigo que á sí misma, es de presumir que la consumará. Media un interés positivo en pasar por hombre honrado; mas no siempre interesa serlo en realidad, y de ahí el origen de tantos hipócritas en punto de probidad.

Resulta pues, que solo la religion, por su fuerza persuasiva, protege eficazmente la justicia de las relaciones entre los hombres. Paso ahora á tratar de los deberes de la caridad.

3. En la sociedad, no solo hay hombres que trabajan, compran y venden; hay tambien relaciones puramente amistosas de vecindad, de conocimiento y parentesco. Si la vida social, por punto general, parece poco atractiva, árida, y llega hasta el punto de lastimar á muchas almas, precisamente las más tiernas, es porque los hombres, ménos que una sociedad, forman una aglomeracion de individuos, que solo tratan de engañarse y explotarse recíprocamente. Una sociedad no es digna de este nombre sinó cuando sus miembros están unidos por los vínculos de una mútua estimacion y de una cordial y franca amistad. Y hé aquí porqué la religion, anhelando siempre por la felicidad de los hombres, procura por todos los medios alejar de ellos toda causa de division. Miétras que el mundo dice: Venid, satisfaced vuestras pasiones á cualesquiera precio; sacrificadlo todo á vuestros intereses particulares; el Evangelio, por el contrario, va repitiendo: Perdonad; reprimid todo deseo ambicioso; corregid vuestro genio; no seais tercios; soportad con paciencia los defectos de vuestros hermanos; conservad la union en cuanto os sea posible.

Hé ahí, carísimos hermanos, los verdaderos principios de la civilizacion; principios que no pueden ménos de hacer verdaderamente perfecta y feliz á la sociedad que sepa regirse por ellos. La sociedad

cristiana naciente dió ese espectáculo al mundo, y este espectáculo fué otra de las causas que más contribuyeron á la conversion del mundo á Jesucristo. Todos sus miembros no formaban más que un corazón y una alma; y se les conocia tanto por el amor que mútuamente se profesaban, como por la inocencia de su vida y la pureza de sus costumbres. Habia entre ellos riquezas y pobreza, mas no existian ricos ni pobres. La caridad lo hacia todo comun, bienes, comidas y hasta los deseos; reinaba una sola voluntad, la voluntad de Dios; un solo espíritu, el espíritu de Dios; un solo interés, el interés de todos. La sociedad actual no debe perder de vista ese modelo; porque solo trabajando en imitarle, es como podrá llegar á ser la sociedad verdadera; la sociedad unida, perfecta y feliz que Jesucristo quiso fundar.

Me detengo aquí, carísimos hermanos; vosotros acabad en vosotros mismos el cuadro que me he limitado á bosquejar. Todos hemos de esforzarnos en preparar este porvenir segun nuestras fuerzas, por un espíritu de orden, de dulzura y de justicia, tributando á cada uno lo que le pertenece: á Dios, la adoracion y el amor; á César, el tributo y la obediencia; á todos, nuestra ayuda y nuestros servicios. Así es como, despues de haber formado acá abajo una sociedad dulce, aunque fugaz, mereceremos gozar algun día de la sociedad eterna de los escogidos. Amen.

VIDA CRISTIANA EN EL MUNDO.

Unusquisque in quo vocatus est, fratres, in hoc permanent apud Deum.

Cada uno, hermanos, permanezca para con Dios en el estado en que fué llamado.

(1.ª CORINT. VII, 24.)

Dios no se contenta con el tributo de nuestra admiracion y reconocimiento, exige además de nosotros la obediencia del corazón; ó sea, el amor y la práctica de su ley. Jesucristo reclamaba de sus discípulos la fe más entera. A santo Tomás, que despues de haber sido incrédulo, se arrojó al fin á sus piés, exclamando: «Señor mio, y Dios

mio!» (xx, 28), le dijo: — «Tú has creído, ¡oh Tomás! porque me has visto: bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído.» Y á nosotros todos nos hizo esta declaración solemne: «No todo aquel que me dice, ¡Oh Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos, sinó aquel que hace la voluntad de mi Padre celestial. (MATH. VII, 21.)»

A la manera que un hombre cuerdo, que quiere construir un edificio, excava el terreno hasta encontrar para el cimiento un terreno cuya solidez sea proporcionada á la grandeza é importancia del monumento que se propone levantar; así Jesucristo, para asentar sólidamente el edificio de nuestra santificación, tuvo cuidado de proporcionarle las bases inquebrantables de la fe. Empezó por dirigir á la tierra estas admirables palabras, cuyo resúmen, no ménos sencillo que breve, puede ser aprendido y repetido por el niño del campo, así como su magnificencia y profundidad ha ejercitado los más sublimes géneos. Pero, ¿cuál es el coronamiento de este edificio? Este coronamiento se reasume en las siguientes palabras: «Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.» (MATH. VI, 48.)—«Si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.» (Id. xx). «Porque vosotros sois el linaje escogido, una clase de sacerdotes reyes, gente santa; para publicar las grandezas de Aquel que os sacó de las tinieblas á su luz admirable.» (I. PET. II, 9).

Las palabras que de los lábios de Jesucristo descienden á nuestro corazón, son palabras de vida que han de producir fruto; son un tesoro del cual pedirá rigurosa cuenta á cuantos las hayan recibido. ¡Ay del servidor negligente y perezoso que hubiere escondido este tesoro sin hacerle producir nada! este será tratado al igual del siervo malo é infiel, y arrojado á las tinieblas de á fuera, allí será el llorar y el crujir de dientes (MATH. XXV, 30). Para que á vosotros no os suceda semejante desgracia, voy á demostraros que todos somos llamados á la perfección, y que todos podemos alcanzarla en el estado en que nos ha colocado la Providencia. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Todos vosotros, amados hermanos míos, conocéis las verdades enseñadas por Jesucristo: se os han dicho y repetido con frecuencia. Todos sabéis que la vocación al cristianismo es una vocación á la santidad. Pero cuando nosotros, en nombre del Señor, os recomendamos la práctica de una vida santa y cristiana, ¿somos escuchados? ¿No vemos renovarse todos los días la parábola del festín del Evange-

lio? «Cuando todo estaba dispuesto, nos dice Jesucristo, el amo envió sus criados á decir á los convidados: Venid, el festín está preparado. Y todos empezaron como de concierto á excusarse, alegando, este, que acababa de comprar una granja, y necesitaba verla; aquel, que acababa de casarse; el otro, que había comprado cinco yuntas de bueyes y debía ir á probarlas.» (LUC. XIV, 18, 19, 20.) Lo mismo acontece con nosotros, carísimos hermanos; uno de los escollos más habituales con que tropieza nuestro celo, cuando os invitamos á llevar una vida conforme al Evangelio, y digna del carácter sagrado con que habeis sido marcados en el día de vuestro bautismo, ¿no es por ventura el que encontramos en las necesidades y en los apremios de vuestra vida habitual? como si fuera imposible conciliar las exigencias de vuestra posición con los deberes de la vida cristiana.

¿No veis, se nos dice de todas partes, cuántos cuidados y atenciones nos invaden? Ignorais acaso, nos dice el artesano, ó quien trabaja penosamente la tierra, ¿ignorais que para proveer á las necesidades de mi familia, debo siempre levantarme antes de salir el sol para entregarme á un rudo trabajo, que con frecuencia no he podido concluir cuando por la tarde él se retira del horizonte para ir á iluminar otro hemisferio? ¿No sabéis, añade el hombre de negocios, y el que está al frente de una casa de comercio, qué graves riesgos se corren en una empresa cualquiera? Ella reclama toda nuestra atención, todo nuestro cuidado, y no nos deja tiempo para pensar en otra cosa. ¿Qué de precauciones no necesitamos para combinar todos los detalles de un negocio! ¿qué de vigilancia para superar los obstáculos que podrían comprometerlo! ¿qué perseverancia para no estrellarse aún dentro del puerto! No os admireis, pues, si aplazamos para otra época el cuidado de nuestros asuntos espirituales. Léjos estamos de querer renunciar los derechos y prerogativas de nuestra vocación; sabemos muy bien que el título de cristiano nos impone ciertos deberes, y día vendrá en que procuraremos satisfacer estas sagradas obligaciones. Aguardad que llegue para nosotros la hora del descanso; aguardad que hayamos redondeado nuestra posición mercantil y asegurado el porvenir de nuestra familia; vereis entonces cuán dóciles nos hallareis á vuestros consejos, y aún dispuestos á reparar el tiempo perdido.

¡Triste y funesta ilusión, hermanos míos! ¿Qué seguridad teneis de alcanzar ese término que fijais á vuestros trabajos? Mientras sea lisonjero el resultado de vuestras especulaciones, ¿resistireis al deseo de aumentar vuestra fortuna? ¿Y si un revés inesperado llega á comprometer esta fortuna, ¿no os dedicareis con ardor febril á reparar

por medio de nuevas tentativas la brecha abierta á vuestro crédito y á restablecer vuestra posicion? Y creéis acaso que podreis dominar á vuestro gusto este torrente de negocios que os arrebatara? Cuanto más metidos os veáis en ellos, más lazos tendreis que romper. Los servicios que habreis prestado, serán para vuestros clientes y amigos, y quizás para la patria, otras tantas prendas de los que esperan de nuevo de vosotros.

Y vosotros, los que en una esfera más humilde, os figurais que al fin llegará el día de vuestro descanso, y, con él, podreis libremente ocuparos en el servicio de Dios, ¿no os formais también una peligrosa ilusion? ¿Creéis acaso que despuntará para vosotros la aurora de semejante día?

¿Quién puede, pues, garantírnos que Dios nos aguardará hasta el término que á nosotros nos place fijar? Y si en medio de las mayores prosperidades nada hemos hecho por él, las terribles luces de la eternidad nos harán comprender demasiado tarde ¡ay! las ilusiones de nuestra vida, y la abrumadora verdad de este oráculo de Jesucristo: «De qué le servirá al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma?» (MATTH. XVI, 26.)

¿Por qué, hermanos míos, hemos de dividir en dos partes nuestra vida, la una para la naturaleza y el mundo, y la otra para el cuidado de nuestra alma y el servicio de Dios? ¿Qué hay de inconciliable entre las exigencias de nuestra posicion en el mundo, y el cumplimiento de los preceptos de la religion? ¿Dónde hemos hallado que la vida cristiana, el cuidado de nuestra salvacion y la obediencia á la ley de Dios, constituyan una vida aparte, durante la cual no debemos marchar por la carrera que la Providencia divina ha abierto ante nosotros? El sentimiento religioso y la práctica de los deberes que él nos impone, ¿no son de todas las edades y de todas las condiciones de la vida? Sí, hermanos míos, y estos deberes bastan para hacer excelentes y dignas de Dios todas las profesiones que no son contrarias al honor y á la conciencia.

Indudablemente habrá siempre en la Iglesia almas magnánimas destinadas por Dios á seguir vocaciones excepcionales. Habrá siempre corazones dispuestos á escuchar con placer estas palabras de abnegacion y de sacrificio, que nos dirige Jesucristo: «Anda, y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres: vén despues, y sígueme.» (MATTH. XIX, 21). Mas, como dice el mismo Salvador: «No todos son capaces de esta resolucion.» (MATTH. XIX, 11). Y sin embargo todos son llamados á la salvacion; y todos pueden salvarse sin abandonar la vida comun, con tal que penetre en ella el elemento divino, y de suer-

te que todas sus operaciones vayan dirigidas por el pensamiento y el amor de Dios.

Esto es lo que Dios enseñó al pueblo antiguo cuando le dijo por boca de Moisés: «El precepto que yo te intimo hoy, no está sobre tí, ni puesto lejos de tí, ni situado en el cielo, de suerte que puedas decir: ¿Quién de nosotros podrá subir al cielo para que nos traiga ese mandamiento? Ni está situado á la otra parte de los mares, para que te excuses y digas: ¿Quién de nosotros podrá atravesar los mares, y traérselos de allá? Sinó que el dicho mandamiento está muy cerca de tí, en tu boca está, y en tu corazón para que le cumplas.» (DEUT. XXX.)

Esto mismo predicaba el santo Precursor á la muchedumbre que acudia á oírle en el desierto, y á pedirle sus consejos, dispuesta á seguirlos con valor. No les decia: Abandonad vuestro estado; sea vuestra vida semejante á la que yo llevo, cerca de treinta años há, en la soledad; sinó que les decia: «Cumplid desde hoy religiosamente los deberes que vuestro respectivo estado os impone; vosotros, publicanos, continuad en el banco de las alcabalas, si así os parece, pero no exijais más de lo que os está ordenado. Vosotros, soldados, conservad vuestra espada para la defensa de la patria, pero no hagais extorsiones á nadie, ni useis de fraude: y contentaos con vuestras pagas.» Finalmente, decia á todos: «Sed generosos y caritativos; el que pueda, vista y alimento á su hermano que se ha la en necesidad.» (LUC. III, 13 et 14).

Por último, hé aquí lo que San Pablo, el doctor de las naciones, decia y repetia á los primitivos cristianos. Estos, en el fervor de su conversion, parece temian que los deberes del estado en que se hallaban siendo paganos, no era digna de su nueva vida y de la santidad de su vocacion; y consultaban con el Apóstol acerca de lo que debian practicar para corresponder más perfectamente al glorioso título de hijos de Dios que habian recibido en el bautismo: «Desterrad toda inquietud,» escribia á los fieles de Corinto, que le habian consultado sobre el particular, ó más bien á los fieles de todas las Iglesias, puesto que contestaba á todos en idénticos términos (I. COR. VII, 17): «Manténgase cada uno en el estado que tenia cuando Dios le llamó.» (ID. 20.) «¿Estais ligados á una mujer con los lazos del matrimonio? No busqueis desligaros: estos lazos son sobrenaturales y sagrados en Jesucristo y en su Iglesia; servirán para que marido y mujer os ayudéis mutuamente en la obra de vuestra santificacion interior, y, bajo la influencia de vuestros ejemplos, vuestros hijos sean santos. ¿Os hallais en la triste condicion de la esclavitud? No os turbeis: si Dios rompe vuestras cadenas, le bendecireis; sinó, recordad que, li-

bres ó esclavos, todos somos siervos de Jesucristo, redimidos con sangre divina. ¿Sois ricos? No os dejéis dominar por el orgullo; no fundéis vuestras esperanzas en las riquezas caducas, sinó en Dios, que tan pródigo ha sido con vosotros. Obrad bien, enriqueceos de buenas obras, repartid liberalmente vuestros bienes, y así atesorareis un buen fondo para lo venidero, á fin de alcanzar la vida eterna, la única verdadera.» (I TIMOT. VI, 17, 18, 19.)

2. Las obligaciones inherentes al estado civil en que la divina Providencia le plugo colocaros, no os sirvan, hermanos míos, de falso pretexto contra Dios y contra vosotros mismos; porque, sin perjuicio de vuestros deberes y sin tener que renunciar á ninguna de vuestras legítimas aspiraciones, encontrareis en este estado los elementos, y hasta la perfeccion de la vida cristiana á que habeis sido llamados. (I COR. VII, 24.) El medio para alcanzarla no consiste en el tiempo más ó ménos largo de que podais disponer para los ejercicios religiosos, sinó en las disposiciones habituales del corazón y en la tendencia de la voluntad.

Si; la vida de cuantos ganais vuestro pan con el sudor de vuestra frente, será verdaderamente cristiana, si empezais cada dia vuestro trabajo invocando á Dios, y despues de haberle adorado como á vuestro soberano Señor, é invocado como al más tierno y generoso de los padres, empredeis vuestros trabajos con conciencia y valor; y al regresar á vuestra casa buscáis el descanso, dulce y agradable en compañía de vuestra mujer y de vuestros hijos; si consagrais á las necesidades de vuestra familia el fruto de vuestros sudores; si el domingo, despues de haber satisfecho á Dios vuestra deuda de reconocimiento y de amor, dedicais lo restante de este dia á los goces de la vida interior y del hogar doméstico, ejerciendo en él la bienhechora influencia de que la religion y la naturaleza han investido al padre de familia. De esta suerte vuestra vida será una vida cristiana. Decidme ahora, para conseguir todo eso, ¿cuánto tiempo tendreis que sustraer á las exigencias de vuestro estado? Haced la experiencia, y ganareis mucho, yo os lo aseguro. Vuestras fuerzas y vuestra salud doblarán vuestra energía; vuestra alma será más ardorosa, más ingeniosa para el trabajo, y vuestra existencia más tranquila. ¿Qué elementos tan preciosos para el cielo y la fecundidad del trabajo!

Lo que he dicho del artesano, lo digo también de todas las demás condiciones de la sociedad. Proseguid, carísimos hermanos, en vuestros negocios con la perseverancia que os dicta el corazón; trabajad en consolidar vuestra fortuna y en procurar el establecimiento de vuestra familia; servid noblemente al Estado ó á la patria en la car-

raera que Dios os ha abierto, y en la cual esperais serle útil. Esas diversas vocaciones entran en el orden general de la divina Providencia. Ella es la que distribuye á cada uno las facultades y las aptitudes que le permiten esperar el resultado de sus esfuerzos. Llenando los deberes de vuestro estado, marchais por un camino seguro, y que os conducirá ciertamente á Dios, con tal que, al atender á vuestros intereses temporales, permanezcáis fieles á las leyes sagradas del honor, de la justicia, de la caridad; veléis sobre vuestra alma para que con el cuidado de las cosas de la tierra no pierda de vista los bienes eternos, y busqueis cada dia, por algunos instantes siquiera, en la oracion y en la meditacion de la ley de Dios, y de tiempo en tiempo, en la participacion de los divinos sacramentos, el descanso y refrigerio necesarios á vuestro espíritu y á vuestro corazón, para reanimar sus fuerzas y robustecerlas contra las decepciones harto comunes en el manejo de los negocios, la embriaguez de la fortuna.

Espero, carísimos hermanos, que recibireis con docilidad de corazón las exhortaciones que acabo de dirigiros. Porque, finalmente, ¿qué os pido? No que abandoneis vuestras legítimas esperanzas, ni que trastorneis vuestro sistema de vida; sinó que lo perfeccionéis. ¿Somos tan solo hijos de la tierra? Además de los bienes de acá abajo, ¿no tenemos otros que esperar? Dignándose el Hijo de Dios hacerse hijo del hombre, los hijos de los hombres han pasado á ser hijos de Dios; y ¿pueden éstos sin cometer un crimen, separar sus destinos de la tierra de sus destinos celestiales? Aún cuando fuese preciso descuidar los unos en detrimento de los otros, la eleccion del hombre prudente no podria ser dudosa: el tiempo debería ser sacrificado á la eternidad; mas no nos hallamos en esta alternativa. La pureza del corazón y la rectitud de las intenciones ennoblecen y santifican las acciones del cristiano. Si los actos de la vida material pueden ser dirigidos á la gloria de Dios, como dice el Apóstol á los Corintios (I, x, 31); ¿cuánto más lo podrán ser esas relaciones mercantiles, esos cuidados incansables que dedicais á vuestros negocios, esos deberes interiores que á cada instante ejercen vuestra solicitud para asegurar vuestra mútua felicidad y dirigir la educacion de vuestros hijos? ¡Ah, carísimos hermanos! presida siempre el amor de Dios á todos esos actos, y sin perder ni una sola de las ventajas á que podeis aspirar en la tierra, acumulareis copiosos méritos para el cielo. Grabad en vuestro corazón esta sentencia de Jesucristo: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura» (MATH. VI, 33); y estotra del Apóstol: «La piedad sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente y de la futura» (I. TIM. IV,